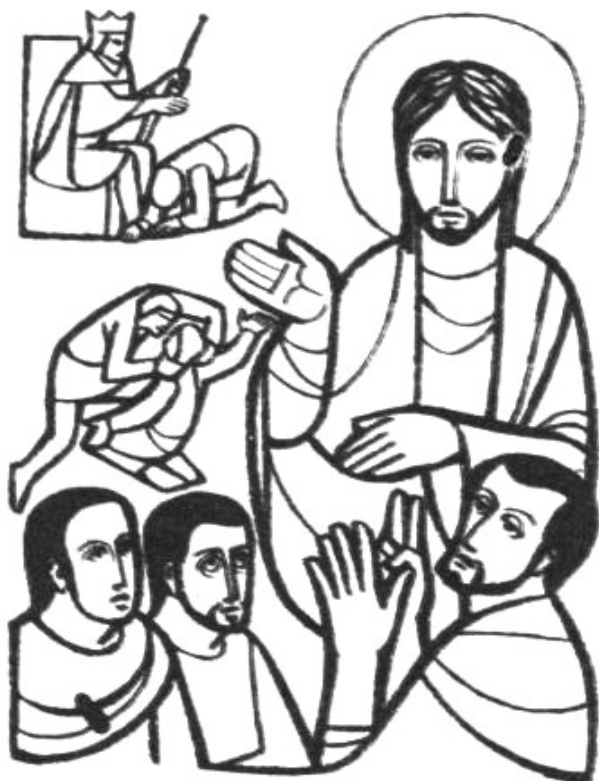


DOMINGO 24 DEL AÑO “A”

Sir 27,30-28,7 + Rm 14,7-9 + Mt 18,21-35



■ En múltiples textos del Antiguo Testamento se presenta a Dios como un modelo al que el fiel debe adecuar su conducta. No faltan tampoco los que lo definen como *“misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad, que mantiene su amor por mil generaciones”*. Ya en el Nuevo Testamento, Jesús se muestra como el rostro humano de Dios presente y actuante y, en consecuencia, como el camino verdadero y viviente. La Ley judía deja de tener vigencia, y la Palabra de Dios se encarna en la Persona de Jesús. En adelante, será el Señor la única pauta válida de actuación.

También Jesús, a la hora de motivar una actitud o una actuación concreta, alude al Padre como último fundamento.

“Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial es misericordioso” (Lc 6,36). Para comprender mejor el alcance de esta frase es bueno recordar que la palabra griega empleada no sólo tiene un significado causal, sino también comparativo. Queréd a todos de forma desinteresada porque Dios lo hace y como Dios lo hace. Sin embargo, choca a nuestra mentalidad con la actitud que se nos pide. No se subraya en primer lugar que, por agradecimiento, devolvamos a Dios el amor que nos tiene. No se trata de pagarle o corresponderle, sino de identificarse con él. No se dice que porque Dios nos ama, lo correcto es que le amemos, sino que el razonamiento marcha por otros derroteros: porque Dios nos ama, nosotros debemos amar a los hermanos como él lo hace. *«Si Dios nos amó, así también nosotros debemos amarnos»* es la conclusión de Juan en su primera carta (1 Jn 4,11). Se nos llama a ser presencia actuante del Padre en nuestro mundo.

■ Quizá la característica más expresiva que tiene esta misericordia de Dios, manifestada no sólo en su perdón al mal uso de nuestra libertad, sino en toda su relación con nosotros, es la imposibilidad de poder ser pagada de alguna manera por el hombre. Es auténtico amor «a fondo perdido». Dios nada «gana» con querernos. La tradición bíblica presenta a un Dios que ama a un pueblo que no se lo merece ni por su grandeza cultural, ni por su poderío político, ni por su fidelidad religiosa, ni por ningún otro valor antecedente. Es un Dios loco de amor por su pueblo. No existe otra razón.

A nosotros se nos invita a actuar en esta dirección de gratuidad amando a los enemigos o invitando a quien no nos puede invitar. Comerciar con el amor y la relación humana «*también lo hacen los publicanos y fariseos*».

El modo de amar también tiene en Dios el paradigma. La compasión, la comprensión, el cariño, la ternura, la delicadeza, el respeto al otro y, en fin, todo lo que acompañe y ayude sin humillar ni someter son características que podemos encontrar en evangelios y epístolas apostólicas. El Dios de Jesús es calificado por san Pablo de «filántropo» (Tit 3,4), en contraste con el tono despectivo que en ambientes religiosos se le ha concedido a esta palabra. La experiencia del Dios cristiano enseña este amor sin necesidad de instrucciones moralizantes (1 Tes 4,9) y siembra en el fiel “*entrañas de misericordia*” (Col 3,12). Cuando pretendemos hacer caridad de forma fría y «cuasi-profesional» olvidamos que las formas delatan la verdadera raíz, y así, únicamente hacemos «caridades».

■ ¿Hasta dónde hemos de amar? ¿Cuántas veces hemos de perdonar? Hasta setenta veces siete. Sin límites de personas, cantidades o calidades.

La parábola del rey que ajusta cuentas con sus empleados es casi una ilustración literal de la petición «*perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores*». Dadas nuestras limitaciones, y para no estar pidiendo nuestra propia condena, podemos darle el sentido de «ayúdanos a actuar como Tú actúas».

La seguridad del amor de Dios como gracia inmerecida e impagable aparta de nosotros todo escrúpulo legalista y potencia nuestra decisión de entrega más allá de cualquier norma establecida.

En una sociedad utilitarista, competitiva y comercial, la gratuidad resulta de difícil comprensión. El creyente se ve también afectado e incluso contagiado por este entorno que lo rodea. La búsqueda de influencias sociales, el cultivo interesado de las «relaciones públicas», el estar a bien con los que nos pueden valer, el hacer favores para poderlos cobrar o el dar «convenientes» escarmientos son tentaciones de cada día. Desde el utilitarismo habitual, preguntarse para qué me puede servir ayudar o perdonar a quien no me puede pagar en la misma moneda suele ser un interrogante que brota de forma espontánea. La referencia a un Dios que se nos da como pura gracia, de manera gratuita, ha de servirnos, no sólo para organizar evangélicamente nuestro corazón, sino también para purificar las acciones de nuestra comunidad.

Mirando nuestra realidad y comparándola con nuestra meta sube a nuestros labios la oración: “*Señor, ten piedad de nosotros. Sigue teniendo misericordia de nosotros*”.